

Luis Roberto Boza

La Grúa

(RECUERDOS DEL VIEJO VALPARAISO)

I

HABÍASE reunido la pandilla en aquel hoyo negro de la vieja grúa. Después de despellejarse a la baraja, cansados ya, resolvieron encender fuego y «contar historias». En unos cuantos minutos, provistos de fósforos y virutas acumulados en «la despensa» (así llamaban pomposamente una misteriosa grieta hecha en las rocas), agrupáronse uno tras otro, dispuestos a escuchar la lectura de un folletín policial. Leíalo el *Cacao* con voz eufónica. Era el jefe ostensible de la golfería, el más respetado a causa de su saber, pues «entendía en letras» y hasta hablaba de política con mucha prosopeya, echando pestes contra «los burgueses» y el Gobierno.

Carepalo, que servía siempre de *loro*, debido a su extrema flacura, había regresado de mal humor al escondrijo, pues el frío le calaba los huesos.

—Lo mejor es,—dijo el *Pelicano*, un muchacho paliducho de grandes ojos celestes—que vayamos a correrla, pa espantar el frío.

—Hagamos una vaca,—respondió sentenciosamente *Carepalo*, deseoso de calentar el cuerpo con una taza de café.

En un instante la pandilla se desbandó por los malecones.

De a uno, de a dos, se tomaban de las manos, temerosos de toparse con el sereno del Resguardo, quien, soñoliento, agazapábase bajo el aportillado zinc de su garita.

Barranca abajo caían los residuos, y el agua fangosa escurríase avergonzada por los tajos tortuosos de los abiertos cauces.

El cerro rezumaba podredumbre, y el halo gris de aquel día de Junio se cernía sobre las callejuelas del Puerto diluído en una bruma deletérea y sucia. Hedía el vaho salobre de los tambos. Por los postigos de los cuchitriles asomaban, desgredadas, fatídicas, las prostitutas de la gleba.

Erguida al aire su clásica fachada de adobes y sus postigos de fierro repujado con caprichosos arabescos de estilo moro, su escueta escalinata de piedra y el férreo portón con su farol de vidrio de varios colores, veíase la histórica *Casa del Gobernador*, llamada ahora *Posada del Arrayán*, en donde pernoctaba la estirpe de los bajos fondos: ladrones, contrabandistas, alcohólicos, golfos y piratas.

Era costumbre que el cuarto más cómodo, con ventanillo al «Callejón Largo», lejos del alcance de los policías, fuera habitado por el cliente de «más pro».

Por el momento, tal privilegio favorecía al *Colibrí*.

Reunida en la discreta penumbra del zaguán pálidamente alumbrado por chonchones a parafina, una turba pintoresca y abigarrada, digna de la paleta de Goya, urdía un dificultoso ataque.

Colibrí daba detalles prolijos, y sobre la cubierta de una mesa de pino describía las líneas sinuosas de un cróquis.

Las miradas ávidas seguían los ágiles gestos del pirata. En los muros bañados de cal, la luz amarilla del lampadario proyectaba extrañas caudas de sombra, figuras grotescas y descalabradas, agudas barbas de faunos, simiescos pómulos y garras escalofrantes por la intensa tortura de la avaricia y la lujuria.

II

Deluca atendía en la cocina a sus clientes habituales.

Retirado de la vida azarosa del contrabandista, después de reunir un regular capitalito, habíase comprado la casuca en diez mil reales, instalando en ella, junto con la guapetona de la Rosalba, una «*Casa para alojados*».

Rosalba había sido criada de hoteles de baja monta. Conocía la historia de medio Valparaíso; pues, como buena portañá, era intrusilla y amiga de lios. Alta y fornida, de senos duros y caderas sólidas, daba la impresión de la perfecta hembra chilena, la clásica china jocunda y blanda, con mucho de carne de fruta jugosa y acre. Sus ojos negros chispeaban de vicio, y su cara mofletuda y rosada teñíase de grana ante cualquier equívoco.

El antiguo contrabandista encontró en ella el mejor de los socios: económica hasta la avaricia, poseía además un don inapreciable: era algo taumaturga; de un «deca» sacaba toda una pipa. ¡Misteriosos enjuagues de la química doméstica!

Deluca pagábale con su más valiosa moneda: hartándola, en la alcoba, de placeres bestiales, y cuando no, a puñetazos, que ella recibía, cálida y arrulladora, besando los rastros de su macho con íntima y grata sumisión de perra.

Deluca quería a Rosalba. Comprábala dijes robados a bordo; llenaba su ajuar con trajes de seda, pendentifs y grandes ajorcas de plata. Era su fetiche. Por los humosos cuartos de la posada se escabullía, de aquí y de allá, ágil y avizora, la patrona, cual una grotesca diosa de rito bárbaro.

No tenía más familia que el *Pelicano*, recuerdo de una de las tantas queridas de *Deluca*, muerta de sífilis en un hospital. Pero ni se preocupaba de él. Se había desarrollado solo, siguiendo sus aventureros instintos, entregado a la vida aviesa de la granujería. En los resquicios de los cauces, en la herrumbrosa grúa abandonada, juntábase con los galopines de su laya.

Allí pasaban las horas urdiendo planes para el futuro. Carne de sanatorio y de presidio, se estremecían con morbosos espasmos ante las hazañas más en boga de los criminales del biógrafo.

Carepalo tiritaba de frío, arrimado a la lumbre.

El Pelicano, muy abiertos sus ojos azules, miraba extasiado las temblorosas llamas de la hoguera, en tanto *el Cacao* proseguía la lectura con voz clara y ademán presto.

El Pelicano amaba a sus compañeros. Precisamente veníale el apodo a causa de su buen corazón reconocido. Aprovechaba descuidos de su padre, ya que no de la sagaz Rosalba, para substraer dinero, cacharros y chirimbolos, que luego dadivosamente obsequiaba a sus amigos míseros.

Pero a quien prefería era a *Carepalo*, el más urgido de auxilio a causa de su mal incurable que le vedaba correr peligrosos albures.

Cuando le sentía toser y llenársele los ojos de lágrimas, acercábase a él, y con piedad de hermano le enjugaba los ojos, despojándose de sus ropas para abrigarle.

En aquel hoyo de la vieja grúa, entre las piezas muertas corroídas por la herrumbre, había construido para el enfermo un cuartito confortable: algunos gangochos a manera de cobertores y encima, arriba del muro de calamina, dos o tres estampas de santos.

Se sentía bien el tísico allí. *El Pelicano* le llevaba comidas y sorbos de café.

En las noches frías, cuando los temporales se desataban sobre los trágicos suburbios del puerto oliente a pescado y a prostíbulo, aquel hoyo servía de albergue a la pandilla. Unos y otros comunicábanse calor. La lluvia latigueaba implacable la aportillada calamina, y a veces las olas del mar golpeaban furiosas el negro esqueleto de la vieja grúa.

El Cacao seguía su relato; en tanto los otros devoraban un mendrugo o la carne salobre de un crustáceo cocido en el rescoldo.

Aquella noche se habló de la hazaña de los niños de *Colibrí*.

Se trataba de un grueso contrabando a bordo de uno de los tantos transatlánticos que arriban a la bahía.

Se alababa la pericia del *Colibrí*, perfecto estratega del delito, conocedor a maravillas del «haber» y el «debe» de cuanto hombre de negocios habitaba el puerto; reconocíase su impavidez y se admiraba a aquel pirata que con su escuálido chinchorro sabía burlar a las autoridades. El aspecto bravío, peligroso y hasta bizarro del lance, seducía a la pandilla. Recordaban nombres de personajes del cine que tuvieran puntos de contacto con sus hazañas. ¡Qué hombre!

El Pelicano, con sus grandes ojos celestes en éxtasis, seguía ávido el desarrollo del relato; en su mentalidad obscura, el bandido adquiriría las proporciones de un héroe, casi de un dios.

Mientras tanto, *Carepalo*, entre acceso y acceso de tos, se hacía repetir los episodios más escalofriantes, poniendo el oído atento, con intensa y ávida acuciosidad.

—Con tal,—dijo intencionadamente el *Cacao*,—que un «galgo» no los pase a los «azules» o a los «zorros»... *.

—¡Psh! Es buena gente la del lío.

El *Cacao* dobló cuidadosamente el folletín y agregó entre dientes:

—Me da aquí—señaló el corazón—que irán a parar a la «cuerera» **.

La lluvia había cesado. En la noche negra, la grúa, con su enorme cuello tendido hacia el mar, parecía un gran pájaro agorero en pleno acecho.

III

Como un gusanillo se había arrastrado a lo largo de las escaleras, temeroso de que le notaran su padre o su madrastra. Abrió con sigilo la puerta, y ya más sereno se puso a obser-

* *Galgos*: espías o escuchas; *azules*: guardianes o policías del orden; *Zorros*, detectives de la Sección de Seguridad.

** Cárcel.

var a su torno. Parecía un museo de antiguallas, abalorios, joyas y trajes valiosos colgando de perchas y desparramados en pintoresco desorden sobre las viejas y empolvadas mesas de arrimo. Junto a unos toscos borceguíes de Rosalba un par de botinas Luis XV, de raso blanco, protestaban de tan disonante compañía.

El Pelicano pensó que con cualquiera de esos objetos podría comprar remedios a su amigo enfermo, aletargado tantos angustiosos días en su pobre lecho de la hospitalaria grúa. Se acercó a una consola con objeto de apropiarse de un reloj, pero, sorprendido, oyó ruidos en el pasillo. Escondióse bajo la cama, en los precisos instantes en que su padre, de puntillas, conducía a alguien de la mano.

—Esta noche a bordo del *Zenit*,—decía a media voz el *Peluca*.

—¿Y lo pescaremos?

—Irás disfrazado de marinero.

—Eso no basta.

—Imposible equivocarse.

—¿Por qué?

—El Colibrí es el más alto de la banda.

El niño sintió un súbito golpe en su corazón. Avido, febril, asomó la cabeza y vió a su padre junto al jefe de los pesquistas, los odiados «zorros».

—¡Delator!— se dijo entre dientes, mordiéndose los labios de cólera y vergüenza. Luego le vió recibir un fajo de billetes. Las manos peludas del viejo semejaban dos zarpas, en tanto sus ojos de pesados párpados brillaban de codicia. Encendió un candil y fué alumbrando a su huésped a lo largo del húmedo corredor.

—Esta noche le prenderán,—pensó el *Pelicano*, estremeciéndose. Sentía angustia. Un sentimiento de fulminante odio sintió para el autor de sus días.

—¡Delator! ¡Espía!

Hizo un gesto de asco. Inclino la cabeza y se mesó con de-

sesperación los cabellos. Temblaba. Luego, saliendo de su escondite, sin temer a que le vieran, corrió escalera abajo.

Rosalba le divisó, aunque sin sorprenderse. Aquel granuja le importaba poco. Apenas si ocupaba en su imaginación el hueco de su gata *Cora*, o el de su papagallo *Don Zoilo*.

Pelicano siguió por la quebrada hasta desembocar en el plan, junto al viejo muelle.

¿Cómo saltar a uno de los botes? Entre la bruma vagamente azul, esfumado en la lejanía, un penacho de humo gris anunciaba el pronto arribo de un barco. Tal vez fuese el *Zenit*.

Miró ansiosamente aquella leve sombra que luego diseñaba los vigorosos contornos de un buque. ¿Cómo ir?

Un policía del resguardo le tomó violentamente de un brazo, dándole un empujón.

—Un aprendiz de punga... ¡Lejos de aquí!

Pero al ver que el niño volvía a mirar con angustia, poseído de una idea fija, la lámina azul del agua, le permitió situarse junto al húmedo pretil.

La carroña humana se acumulaba en el malecón. Turbas heterogéneas apiñábanse ávidas sobre las barandas del muelle, observando con ansias el anclaje.

Un negro de Jamaica, recostado sobre el maderamen de una aportillada chalupa, su cuerpo atlético mal cubierto por los harapos, cantaba en su dialecto una isócrona canción de su lejano país. En tanto, los granujas se divertían en lanzarle cascajos, que él recibía sin inmutarse, abstraído en sus pensamientos y sus ojos imperturbables en la clara inmensidad.

Vendedores de fritangas voceaban su mercancía. Prostitutas del hampa daban codazos lascivos a los marineros ebrios. Su desnuda cascarría era apetitoso señuelo para los zánganos de aquel enorme colmenar humano. Sobre los malecones vaciaba el puerto sus pestilentes detritus. El mar, con el monótono rezongo de sus olas, parecía lanzar un formidable bostezo.

Allá lejos distinguió el *Pelicano*, zigzagueando al empuje del oleaje, el escuálido chinchorro de los piratas. Montañas cristalinas parecían sepultarlo en el fondo de las aguas coléricas;

pero luego su quilla gris saltaba airosamente a flote, y el anguloso contorno del mísero barco se dibujaba nítido a flor de espumas.

Un grupo pasó junto al granuja. Reconoció al jefe de los zorros, embutido en un grueso redingote y un jockey enorme le tapaba los ojos; los rasgos de su cara se perdían tras el humo negro de su gruesa cachimba.

—Van a prenderle, pensó, a causa de la traición de mi padre.

Le pareció esto tan ignominioso que se tapó la cara a dos manos. Tuvo la visión de que todos le miraban burlescos y con desprecio. Hasta oyó que le gritaban a la sordina: «¡Cachorro del espía!»

Un guardián le dió un puntapié: «¡quita de aquí!» Pero el niño sentía que sus piernas se helaban, enterrándose, como dos raíces, en el piso terroso y sucio.

—¿Será idiota?—se preguntó el representante de la autoridad. Lo tomó de un brazo, y cuidadosamente, como a un enfermo, lo condujo a la vereda. Allí quedó un rato atontado, indeciso, sin voluntad, como una cosa inútil y abandonada. Hubiera querido morir, solo, cual un perro. Su corazón no cesaba de golpearle. Un gringo creyóle paralítico y le dejó caer algunas monedas, al pasar; y un pastor protestante, rengo y flaco, le miró con lástima, no queriendo aplastarle bajo la suela de sus enormes zapatos con crujideras. Luego sintió que los transeúntes le insultaban, señalándole los puños. Y hasta se apartaban de él para no mancharse con su contacto.

Ya las sombras de la noche caían, espesas y trágicas. Un vejete, con muchos anillos en las manos y flores en la solapa, le tomó suavemente de los brazos:

—¿Vamos...?

El Pelicano le siguió como un sonámbulo.

IV

Había sufrido aguda y espantosa crisis. Bien arrellanado en

aquella cama lujosa y tibia, con cobertores de seda roja, sentía ahora en sus nervios grata laxitud. Requeridos por *Deluca* los servicios del curandero, había diagnosticado un caso grave de embrujamiento, para lo cual eran precisas complicadas ex-torsiones y abultados emplastos.

Pero la fiebre no cesaba. En medio de sus desatados delirios, llamaba traidor a su padre, «vendido a los malditos zorros».

Deluca y Rosalba que habían recibido al niño de orden del comisario, mirábase espantados ante sus misteriosas revelaciones. Ciertos de su sigilo, atribuían a brujería su insólito conocimiento de los hechos. Y entonces, llenos de superficiosos recelos, optaron por cuidarle trasladándole Rosalba a su cama y colmándole de falsos mimos.

Después de largos días pudo el enfermo levantarse. A pesar de todo, no se habían disipado de su memoria los recuerdos trágicos. Especialmente *Carepalo* inspirábale inquietud.

Corriendo se dirigió a la grúa, en donde halló reunidos, como otras veces, a los de la pandilla. Pero ya no leía el *Cacao* su espeluznante folletín, ni las historias de raptos y adulterios congregaban a los granujas.

En cuclillas, silenciosos, cabizbajos, hacían rueda a un pequeño y mísero catafalco: en sendas botellas, cuatro velas de sebo desparramaban débil luz amarilla sobre el enjuto cadáver de *Carepalo*. La muerte había dulcificado sus facciones: su cara plácida se inclinaba sobre un hombro, como si escuchara, todavía, las palabras de sus compañeros.

El Pelicano se arrodilló a los pies del muerto, y por largos instantes recordó su cara triste y la sonrisa de cansancio con que trataba de ocultar sus sufrimientos.

El *Cacao* extendió un lienzo: en él colocaron los huesos del físico.

En seguida, con el montoncito al hombro, rompió la marcha: en fila, todos salieron en camino al cementerio, siguiendo los senderos de la solitaria playa. El mar entonaba, con el ronco son de sus olas, el prelude de un recóndito *Requiem*. Por fin

llegaron a lo alto del cerro. Sobre las tumbas de los niños, las crucecitas semejaban alas extendidas sobre las rejas en forma de cuna.

En uno de los hoyos, ¡tan chico!, quedaron los huesos del pequeño anónimo. Luego, uno a uno, salieron en silencio.

Pelicano se allegó a sus camaradas, ansioso de consuelo. Ya en la urbe, le abandonaron, como siguiendo una consigna.

La pandilla se disolvió. Por primera vez, el Pelicano se vió solo. A pasos lentos continuó la penosa jornada, zigzagueando los oscuros recovecos, hasta llegar al malecón. Afirmóse sobre los húmedos pretiles y luego rompió en un sollozo largo e histérico.

Desde entonces vagó por la playa, presa de la angustia. Varias veces encontró a sus ex-amigos.

Una vez alguien le contó la verdad: los diarios habían publicado detalles minuciosos acerca de la captura de un bote pirata y sus tripulantes. Y a renglón seguido elogiaban la actitud del «honrado comerciante» (alias *Peluca*), quien denunció a las autoridades el plan de los contrabandistas. Citaban, en cifras, el monto de la suscripción abierta por el comercio, con el fin de premiarle. Y una sociedad de socorros mutuos había querido honrarse, nombrándolo, ipso-facto, su «miembro honorario».

La pandilla se había disuelto, perseguida por los «zorros».

Entonces abarcó el *Pelicano* todo el desprecio de sus ex-camaradas. Era «hijo de espía» y hasta él alcanzaba el ludibrio. El peso de la acusación sentíalo como un llamarazo. Su oprobio era infinito. Le parecía que su vida, como la del escuálido chinchorro, era presa del naufragio final.

Una noche helada, rielaba la luna sobre las aguas coléricas del mar.

El Pelicano había llegado hasta la vieja grúa. Aun veíanse las botellas que a manera de candelabros sirvieran para velar el cadáver.

El granuja desató una cuerda; la anudó a su cuello, y en seguida, abrazado al arco de la grúa, se encaramó a lo más alto.

Cerró los ojos y se abandonó al vacío...

Al día siguiente, «un cadáver más» se lucía sobre las mesas de mármol de la Morgue.

Se trataba de un pequeño suicida: un niño de ojos claros y celestes. Su boca contraída parecía modular una postrera súplica. ¿A quién? ¿A los hombres?

No. A los gusanos piadosos. Tal vez para que concluyeran con él lo más presto...